

Otro capítulo oscuro de la biografía del Cura Merino

El Brigadier de la primera guerra carlista en la Sierra de Burgos

(Memorias de un testigo: el abad Rodrigo Echevarría y Briones)

Dejamos al Cura Merino con los galones que le otorgaron las Juntas de Defensa y el rey D. Fernando VII: Brigadier y Gobernador de Burgos. Dijimos que no pudo asistir personalmente a la reposición de los restos de Santo Domingo de Silos en su capilla del templo monasterial, en 11 de julio de 1813, a las fiestas, regijos y honras que se le tributaron. Los biógrafos del guerrillero no están conformes si retirado a su pueblo natal, Quintanilla de la Mata, y a Villoviado, ejerció el ministerio sacerdotal y parroquial: parece lo mejor averiguado que no volvió a vestir la sotana negra y, si no mató más franceses, cazó muchas perdices y liebres en los páramos de Lerma y su comarca. Sabemos que conservó la amistad con los monjes de Silos y de las casas dependientes de la Abadía y que frecuentó la granja de Quintana del Pidío y más asiduo acudió a Guómara, la más rica por sus campos de trigo y otros cereales que sostuvieron a sus guerrilleros, en los días de las luchas con los bonapartistas arandinos y lermehños del breve reinado de José I.

El Archivo de Silos guarda un manuscrito, el 81, que nos da datos bien fehacientes de la parte que tomó D. Jerónimo Merino en la primera guerra carlista. Es un folio de 29,5 x 20 cms. con 133 fol. escritos y 6 en blanco: los 101 primeros tratan todos de San Martín de Madrid, un priorato dependiente de Silos desde 1085, que en 1594, se erigió en abadía independiente, pero en la que, alternando cada cuatro años, fue Abad un monje de Silos con otro de San Martín de Madrid. Aprovechó los 33

folios en blanco desde el 101, para escribir una crónica de Silos desde 1835 el P. Rodrigo Echevarría Briones. Comienza el día en que llega al monasterio el decreto de Desamortización de D. Juan Mendizábal y después de dar varias listas de monjes y abades del monasterio, en el folio 117 refiere algunos datos de los que tuvieron que exclaustrarse con el otro del mismo ministro y de las Cortes sobre la supresión de todas las Ordenes religiosas en España, y termina con los sucesos más salientes de las luchas de la primera guerra carlista. Dice que todos los vivió él siendo Abad del monasterio y párroco de la villa. Escribe en un lenguaje claro y sencillo los sucesos que le han referido personas que estuvieron en los campos de la lucha con pocos detalles, pero auténticos, y los que él presenció y sufrió. «Escribo de las cosas quorum pars magno fui». Hay que agradecerle datos preciosos de cómo desapareció la vida de comunidad en Silos, cómo vivieron sus miembros los últimos años de su exclaustración, y cómo se fue desmoronando pieza por pieza la heredad hecha durante siglos de esta abadía castellana, casi hasta el día en que fue elegido obispo para la diócesis de Segovia en 1858.

La escritura del manuscrito es difícil de leer: mala caligrafía y borrosa, con tinta bastante débil ya; adivinado muchas cosas conocidas por otros escritos suyos, hemos llegado al texto, que también leyó D. Mario Férotin, pero que no publicó más que en un resumen breve de noticias del monasterio y nada de la guerra carlista. No quiso darnos este texto, porque, nos dice, sólo llega mi «Histoire de l'Abbaye de Silos» hasta el mismo día en que se disolvió la vida de comunidad, 17 de Noviembre de 1835. (París, 1895 págs. IX-X).

Al autor de esta crónica de la primera guerra carlista le debemos los burgaleses la publicación de «Algunos sucesos de Silos desde el año 1832 en adelante, editados en Burgos 1898, 1 vol. in 12 de 70 págs: «Noticias de la villa de Silos, de sus aldeas, de las dependencias de la abadía y datos sobre personas santas y virtuosas de casa y de las enterradas en su claustro (ms 22. Arch. de Silos): Estado actual del monasterio de Silos y sus dependencias en la villa de Silos, en Madrid y de Huete, Ms. 33» de 180 fol.; y del manuscrito que estamos extractando: «Cartas, donaciones, pleitos y visitas etc., de la abadía de San Martín de Madrid, que a su vez extractó del ms. 25 del mismo Arch: y «Apuntaciones sobre la lengua griega» mss. 23 y 24 de 262 fol. Ibid. Y sobre todo Silos y Burgos le deben la conservación para las letras patrias: La biblioteca del monasterio en la que hallaron los Padres franceses restauradores más de cinco mil vols. más los que pasaron a la Biblioteca provincial, en 1863, unos siete mil, los más valiosos; doscientos manuscritos miniados en el *Scriptorium Silense*, que sus herederos los monjes exclaustrados vendieron el

mismo año de la muerte del P. Echevarría, en el rastro de Madrid; y hoy son la gloria del British Museum y de la Biblioteca Nacional de París, pero al fin salvados para la cultura europea. A estos valores hay que agradecerle la conservación de las alhajas del Cáliz ministerial de Santo Domingo de Silos, los ornamentos de iglesia, relicarios, la farmacia de albarellos de porcelanas de Talavera, y el Antependium o Frontal de esmaltes y arquetas de marfil que, en 1863, se depositaron en el Museo provincial de Burgos. Esta fue la labor del P. Echevarría, Abad doce años (1823-1835) y cuarenta y cinco párroco de Santo Domingo de Silos, defensor y conservador fidelísimo de sus mejores glorias.

Todas estas razones me han movido a desempolvar las páginas que transcribo para contornear más la figura de D. Jerónimo, el Cura Merino.

El Monasterio, hospital de soldados carlistas y cristianos (1836-1840)

La Comunidad benedictina de Santo Domingo de Silos dió muestras de cordura, serenidad y ejemplo de valentía en los veintiocho años que duró la invasión napoleónica, la persecución de las Cortes Constituyentes de Cádiz y las leyes de los gobiernos liberales. El decreto de extinción de José Bonaparte, de 1808, le recibió pero no le obedeció; recogió en su seno a más de una docena de monjes benedictinos, que se refugiaron en el monasterio, huídos de San Pedro de Arlanza, San Pedro de Cardeña, y algunos cartujos de Miraflores, de Burgos. En el mismo tiempo, doce novicios más profesaron la vida religiosa. Los decretos de las Cortes de Cádiz, de 1812 y 1820, tampoco tuvieron eco en la regularidad y observancia; el abad Domingo de Silos Moreno no se amilanó, no reconoció la autoridad de aquellos legisladores anticlericales y perseguidores y aconsejó a sus monjes más austeridades, más rezos y oración mental; acrecentó el rebaño a él confiado y, en recompensa, Dios le sublimó al episcopado, después de llenarse de méritos en cinco años de abadiato. Aumentaron las vocaciones entre 1819-1823, y tampoco los monjes de Silos dejaron el hábito y la clausura. Para Silos no hubo restauración de la Orden el año de 1823, como la tuvieron tantos religiosos españoles (1).

Ante la violencia de las leyes de la Desamortización de octubre de 1834 y la de 1835, aprobada por las Cortes, que abolía los votos religiosos, los monjes de Silos se sometieron por la fuerza. La autoridad gubernativa se personó en el monasterio el 17 de noviembre de 1835.

Escribe el P. Rodrigo Echevarría: «La fiesta de Santa Gertrudis can-

(1) *Memorias Silenses*, tomo I, fols. 173-190; tomo II, fols. 143-146.

tamos todos juntos la misa solemne, a continuación salió cada cual del monasterio y la Comunidad quedó disuelta. Yo sólo permanecí en él por mandato del Gobierno, para firmar, como Abad, los inventarios de todos los bienes. Al P. Fulgencio Palomero se le dio también permiso para quedarse conmigo a título de párroco de Silos y también de farmacéutico. Los bienes muebles e inmuebles se adjudicaron a la Caja de Amortización, que antes tenía el nombre de Crédito público. Los enseres pertenecientes a oficinas de la Comunidad, como hospedería, cocina, cuadra, etc., fueron todos vendidos a beneficio de la Amortización; los cuadros de pintura que estaban distribuidos por el monasterio y la librería de la Comunidad, se quedaron para servir en el museo y biblioteca, que dijeron habían de erigirse en la capital de la provincia. Todo lo que pertenecía a la iglesia quedó para ella en el concepto de parroquia, menos algunos ornamentos que el arzobispo dio a otras, y las alajas de plata (que por disposición general en que están comprendidas todas las iglesias hasta las catedrales) se condujeron a Salas, de allí a Burgos, y de aquí no sé a donde, entre las cuales fue una cruz de procesiones, que era de mucho valor por su primorosa hechura.

Los bienes raíces y urbanos fueron puestos en arriendo por la Amortización.

«La extinción absoluta de los Regulares en España, fue precedida de algunos atentados horribles que se cometieron contra ellos, no sólo en algunas ciudades y pueblos, sino en la misma villa de Madrid, en donde fueron inhumanamente asesinados varios jesuítas, muchos franciscanos, muchos dominicos, y aún más del convento de la Merced Calzada; asesinatos que se perpetraron casi a la mitad del día y con tanta calma que los forajidos fueron de uno a otro convento de los dichos como a proyecto concertado mucho tiempo antes. El Gobierno tomó algunas medidas, pero ya casi a la noche, y me parece que sólo fue castigado un individuo de entre los muchos que tuvieron parte de usar armas tan sangrientas.

Por otra parte, casi todos los periodistas (con el salvoconducto de la libertad) llenaron miles de páginas con crueles inventivas contra el clero regular de aquel Oct. del año de 1834, para preparar por medio calumnias y sofisterías la ruina total de los regulares, ya pintándolos como del todo inútiles, ya como poseedores de grandes riquezas, con cuya enagenación podría acudirse a las necesidades del Estado, y ya, en fin, como desafecto a las nuevas reformas que desde luego comenzaron a hacerse y otras que habían de seguir».

Estas frases son como preámbulo para contarnos cómo en Silos fueron los monjes prudentes y tomaron medidas para la expulsión que se avecinaba, pero también para resistir lo más posible y ceder sólo a la

fuerza. Y qué ejemplo dieron de amor a su vocación, a su casa y al Santol Tenemos ya preparadas unas páginas y en ellas decimos que cantaron la misa en altar de Santo Domingo aquel día 17 de noviembre: debieron» hacerlo los veinticinco padres sacerdotes y los dos hermanos que moraban en el monasterio» para despedirse de su Padre, de las cenizas de Santo Domingo, que dejaban para siempre en la urna del altar y harían la misma plegaria que el Redentor de cautivos, al salir desterrado de San Millán de la Cogolla por la ira del rey de Navarra, rezó así con tanto fervor:

«Confesor que partiste, con el pobre la saya.
Tú no me desampares, tú me guía do vaya.
Que el tu monasterio, por mi mal no caya.
E este león bravo, por mi solo maltraya» (1).

¡Espectáculo conmovedor el que contemplaron los vecinos del pueblo de Silos aquella mañana fría del otoño burgalés! Veintisiete monjes, en su mayoría ancianos, salieron por el claustro bajero románico y todos llorosos se llegaron a la portería donde su P. Abad entregó a cada uno «cuatro duros para que se buscara cada cual su cobijo y la comida necesaria mientras se les deparaba otra cosa». Y abandonaban la casa primero dos venerables Abades que la gobernaron, P. Mtro. Ferenado Lienzo (1800-1814), P. Torcuato Carbayeda (1828-1832). Los vecinos, enternecidos a estos dos les dieron cobijo en sendas casas del pueblo durante más de dos años, No damos la lista entera porque se encargó de hacerla el P. Echevarría años más tarde, para referirnos su paradero, sus trabajos, diversas parroquias y catedrales e iglesias colegiales y les conocemos en cartas que ellos dirigieron al Rmo. P. Guépin el segundo restaurador del Monasterio de Silos en 1880, con su colonia de monjes franceses. (Conf. Boletín de Silos, año III, 1901, «La restauración de la Abadía de Silos en 1880», págs. 81-85; 170-176).

«Los monjes expulsados, los que por estar ausentes perdieron la casa, todos tuvieron que buscar cada uno cómo vivir. y se acomodaron unos en sus familias, otros en las casas de sus amigos, y no pocos salieron de casa sin saber a donde encaminarse, porque el decreto de la extinción fue tan riguroso que ni aun a los de edad avanzada, ni a los enfermos e inútiles permitió perseverar en sus celdas» (2).

El monasterio iba a empezar a servir de hospital de heridos en guerra y el abad y párroco-farmacéutico de enfermeros durante cuatro años consecutivos. Las dependencias del abad sirvieron de casa rectoral, y la bo-

(1) G. Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos*. Edic. S. Vergara, Madrid, 1736' Estrofn 160, y A. Andrés, p, Madrid, 1958, pág. 20.

(2) Manuscrito 81, folios 117-128, que citaremos a la letra en nuestro trabajo.

tica y rebotica para celda del P. farmacéutico seis años. Las dos estaban contiguas a la portería. La cocina y refectorio usáronlos para regalar a los monjes exclaustros que de tiempo en tiempo volvían al monasterio para alguna fiesta de familia o funeral de un hermano en religión.

El Brigadier D. Jerónimo Merino recluta soldados carlistas

Así convirtió a Silos y la Sierra de Burgos en teatro de la primera guerra civil del siglo XIX.

«La causa de la expulsión de los Regulares y de otras muchas disposiciones o con respecto al Clero secular, Obispos, décimas y demás bienes de la Iglesia, fue la terrible guerra civil que se encendió entre los mismos españoles, casi en el momento que murió el Rey D. Fernando VII, siguiendo unos, el partido de su hermano D. Carlos, y otros, el de su hija D.^a Isabel, que ya estaba jurada soberana un año antes de la muerte de su padre.

La guerra, sin embargo, lo que yo entiendo y entendí desde su principio, sólo fue de derechos mejores o fueros a la sucesión de botones a fuera, como suele decirse, y como un pretexto encubría el verdadero motivo de tan grande y prolongada discordia, el cual verdadero motivo no ha sido otro que el empeño y tenacidad en que estaba y aún está una parte de los españoles de que España ha de regenerarse y, como dicen los que siguen el partido liberal, reformada de todas sus antigüallas y supersticiones, palabras que si sólo se entendiesen de los abusos del Gobierno Civil, no hubiesen tal vez causado tanta irritación en la otra parte de los contendientes, que desde luego advirtieron que las novedades habían de venir si se daba lugar hasta en lo más sagrado, y ajeno de la potestad secular, y además una misma parte abominaba de las reformas en materias de Gobierno, por los muchos e incalculables daños que han causado a las Naciones que las han admitido. Quiero decir que la guerra es entre los que quieren un Gobierno absoluto y los que un Gobierno representativo. Los mismos papeles públicos se han explicado así por medio de la imprenta.

La guerra civil se pronunció en la provincia de Burgos tan al principio, que habiendo muerto el rey Fernando a fines de Sept. del año 1833 a mediados de Oct. ya había en la Sierra de Burgos no poca gente armada de los batallones realistas de casi toda la provincia, y se puede decir que en los seis años que van corriendo no han faltado de la Sierra tropas de uno y de otro bando, y hay muy pocos Xefes militares de nombradía en los dos, que no hayan militado en este país, en el qual el año de 1837,

desde Agosto a Oct. del mismo tuvo las batallas de Solerana (1), de Reuerta, de Acinas, de Arauzo y otros encuentros de más o menos consideración, sin contar los que antecedentemente hubo, que si bien muchos no pueden compararse con los dichos.

Estando el monasterio de Silos situado en el centro de la Sierra, se deja conocer que le han alcanzado por lo menos aquellos males que son consiguientes e inseparables de un estado de cosas tan terribles. Pero, a Dios gracias, ni la comunidad ni ninguno de sus individuos tuvo que padecer daño especial. Dos reconocimientos o registros se hicieron en el monasterio por sí había en el cuarto, armas o municiones de los que peleaban en favor de D. Carlos. El primero, ciertamente, fue escandaloso de parte del Xefe, el cual se condujo con tal insolencia y descortesía, que su odio al estado religioso dio bien a entender era mayor que su celo por desempeñar el registro, para lo cual no tenía facultad ni encargo, como después se supo, El segundo, se hizo de orden de otro Xefe, y aunque se executó escrupulosamente, fue con todas las atenciones que pueden dispensarse en tales casos. Como nada hubiese parecido de lo que se buscaba, dió al Abad una especie de satisfacción, manifestándole de donde habían nacido las sospechas»...

Volviendo a los sucesos de la guerra en este país, se ha dicho que don Jerónimo reunió en favor de D. Carlos casi todos los batallones realistas de la provincia de Burgos y Rioja, y esto en el mes de Oct. del mismo año de 1833, en que el Rey murió; pero fueron dispersos casi todos sus soldados muy cerca de Villafranca de Montes de Oca, en el mes de Dicbre. del mismo año, quedando sólo algunos unidos al Dho. Brigadier D. Gerónimo y otro menor número a D. Juan Manuel de Balmaseda, los cuales perseguidos sin descanso se pasaron a Portugal, cosa que parecerá increíble, atendidas la grande distancia y gravísimas dificultades que se le oponían para la salida a reino extraño.

Allí estuvo D. Gerónimo hasta la primavera siguiente, en que se volvió a presentar en este país, habiendo atravesado, no sin admiración general el menor tropiezo, lo mucho que hay desde Portugal a la Sierra de Burgos, a donde llevó consigo un número de caballos que no fueron menos de ciento.

Entonces se avivó mucho la persecución contra él, y mandaron ya una vez uno ya otro en la tierra de las montañas Xefes de la parte de la Reina, entre otros el brigadier Obregón, el coronel Saturnino Abuín, el Brigadier D. José M.^a Peón y D. Francisco Aspiroz, el cual tuvo varios encuentros que le fueron favorables, con la tropa de D. Gerónimo Meri-

(1) Hoy escriben Solarana, junto a Lerma.

no, si bien éste dió bastante que hacer a aquél y aún cerca de Covarrubias en Ntra. Sra. la Redonda (1) le atacó, le mató algunos soldados y entre ellos a un teniente llamado D. N. Solís, y el mismo Azpiroz y un ayudante suyo D. José Viniegra, salieron mal heridos de la escaramuza. Después de ella y por haberse retirado a curar sus heridas el dicho comandante, le sucedió el brigadier Ramírez, hombre que llenó de terror la Sierra y que en el monasterio de Silos entró en una gran destemplanza, obligando a los monjes, que estaban comiendo en comunidad, a dejar la comida para que saliesen a presentársele (2). Sin embargo, llevaba la gente tan subordinada y en tan estrecha observancia de la disciplina militar, que no se metió por medio el menor desorden. Aún hay más: cuando supo que en Madrid y otras ciudades se habían atrevido algunos grupos del populacho a acometer a los conventos y asesinar a los religiosos, pasó contrariado al monasterio de Silos, previniendo que se le avisase inmediatamente, si por desgracia se presentaban en la Sierra algunos grupos con semejante atroz designio para desacerlos con sus fuerzas.

Siguió a éste en la Comandancia el brigadier Peón y a éste el coronel Azpiroz restablecido ya. Es de advertir: después del encuentro de Covarrubias entre Merino y Azpiroz, sucedió que aquel cogió en el camino real de Burgos a Aranda, un convoy de 600 fusiles, lo que ocasionó una pesquisa terrible en la Sierra, en que, al efecto, anduvo una columna de carabineros al mando del brigadier Aznar, que había militado con Rodil en Portugal, y acaso en América. Pero los fusiles no aparecieron.

Volvió a hacerse cada vez más activa la persecución contra D. Gerónimo Merino, el cual hallándose con una pierna en mal estado desde que sufrió un golpe, habiendo sido además sorprendido en el lugarcillo (no lejos de Santa Cruz de Juarros) que llaman Palazuelo, y acaso también por ceder a las instancias de alguno de sus soldados, marchó al fin

(1) El monte o cono que se levanta al nordeste de Covarrubias y en que se encuentra todavía la ermita del mismo nombre, muy concurrida por los pueblos del contorno en la festividad de la Natividad de la Virgen, 8 de Septiembre

(2) Hemos dicho que no había comunidad como tal entonces en Silos; pero los monjes que ejercían en los contornos la cura de almas en las parroquias limítrofes y varios en otras más apartadas, serían como unos siete, se reunían con los que moraban en el pueblo: el P. Abad Echevarría, párroco, y el P. Fulgencio, farmacéutico, para celebrar juntos una fiesta onomástica de alguno, un funeral solemne de algún hermano de la Orden o familiar y siempre las dos fiestas de Santo Domingo de Silos, hacían una comida en el refectorio. El P. Echevarría tuvo mucha cuenta para dejar constancia de algunas reuniones y da detalles, los más edificantes, de aquellas reuniones; eran como retiros espirituales y la entrega de cuentas al Abad, del cumplimiento del voto de pobreza que siguieron practicando fielmente aquellos monjes exclaustros por fuerza mayor.

a las provincias y corrió como cosa indudable, que D. Carlos le recibió con ciertas y seguras demostraciones de atención y afecto, que le conservó siempre; porque el brigadier Merino llevó su fidelidad al punto de que ninguno excedió y le alcanzaron pocos, aunque muy ajeno de la ostentación, que es baja.

Con la salida de Merino y su gente de la Sierra, quedó ésta algo aliviada en sus padecimientos, aunque nunca faltaron algunas tropas de la Reina, como llaman nacionales, para perseguir algunos pequeños grupos de la tropa de Merino, que habían quedado o rezagados o con orden de su Xefe, el dicho brigadier. Pero este estado no duró sino hasta la primavera de 1836, en cuyo tiempo la corte de D. Carlos pensó en enviar expediciones al interior, y con Merino estuvo en la Sierra con mando don Basilio N. natural de Ventosa en la Rioja. Constaba de dos batallones, uno navarro y otro castellano, y como ochenta caballos. Venía en la expedición D. Juan Manuel Balmaseda, natural de una villa no lejos de Aranda. Contra esta columna vino silenciosamente otra de granaderos reales y como ciento y cincuenta caballos, no sé al mando de quién, el resultado fue que la columna de los cristinos (que ese nombre se daba a las tropas de la Reina D.^a María Cristina) fueron sorprendidos, al amanecer, al salir de Arauzo, y cayeron en manos de D. Basilio más de trescientos prisioneros, entre ellos muchos caballos, y la columna se retiró hacia el Burgo de Osma. Se dijo que Balmaseda, como valiente y práctico en el país, tuvo mucha parte en esta acción. Bien pudiera ser así; pero la fuerza de D. Basilio N., siempre de excelente disposición, tenía Xefes muy a propósito para cualesquiera aventura.

El general Manso vino desde Burgos contra dicha columna, y llegó hasta Arauzo de Miel, cuando la tropa de D. Basilio estaba en Silos, la qual se retiró por el lado de Contreras, y después de algún tiempo salió para la Sierra, y se internó en las provincias del Norte, según se dijo, por el vado del Ebro en Peralta. Al tiempo de salir la tropa de Silos, cuando pasaba portes en la retaguardía Balmaseda, y como hubiese sabido o sospechado que uno de los prisioneros se quedó rezagado, le mandó disponerse para morir. Ya estaba el sacerdote en la plaza y la tropa dispuesta, pero al fin el dicho Xefe le perdonó y le llevó consigo.

Casi por el mismo tiempo salió otra división de D. Carlos por la parte que va hacia Santander, al mando de un Xefe llamado D. N. Gómez, la cual perseguida (después cerca de Reinosa), batió al general Tello por Espartero y tuvo que dejar Asturias y Galicia; perseguida a Asturias, salió a Castilla, después de haber estado en Cordova, Extramadura y tierra de Algeciras poco menos que apoderada de aquellos países, vino en tirada por la Sierra en el mes de Oct. del mismo año, y el día 14 de

dicho mes pasó por Silos a Covarrubias, llevando de fuerza acaso mas de 80 entre infantería y caballería. Al día siguiente pasó el Xefe Maix en su persecución, pero logró llegar Gómez a la provincia sin ser batido en todo el tránsito desde tierra de Algeciras.

En 24 de Dic. del mismo año obligó el general de la Reina, Espartero, a levantar el sitio, que ya era muy estrecho, de Bilbao, a los carlistas, cuyos Xefes, me parece, eran Eguía y Villarreal. A principios del año 837 salió otra expedición a cuya cabeza iba el mismo D. Carlos, y pasó con ella a Aragón, Cataluña y tierra de Valencia, Alcarria la Mancha y hasta las puertas de Madrid. La historia de esta expedición no es de mi intento hasta que, como se verá, se trate de cuando se retiró a esta Sierra, a la que vino en el mismo año por el mes de Julio una expedición de carlistas mandada por el general Zareategui. Se detuvo muy poco en este país por entonces, pues desde Covarrubias pasó por el camino real, y atravesando el Duero, entró en tierra de Segovia, cuya ciudad tomaron por asalto, y hasta el Alcazar les fue entregado (sin que ellos lo esperasen, según se dijo) por capitulación. La ciudad fue completamente saqueada sin distinción de opiniones, y oí que sólo se reservaron del saqueo la casa del Ilmo. Sr. Obispo y conventos de religiosas. Quedando allí la Junta, no sé si con buena inteligencia de las demás autoridades, en Agosto, salió la división camino de Madrid, y dio vista a la Corte, pero tuvo que volverse a Segovia, de donde salió luego y a mediados de Agosto se entró en esta Sierra, por parte de Vadocondes, o tierra de Peñaranda. La víspera de San Bartolomé llegó mucha parte de la división a Silos y en ella su general y el brigadier Elio, jefe de Estado Mayor y más otros hasta ocho o diez brigadieres más. El General, su Xefe de Estado Mayor y varios ayudantes de campo se alojaron en el convento. A pocos días llegó también la Junta que también se metió en el convento, sin embargo de que sus individuos (por cierto) no podían ignorar que en él no había nada, y que aunque mucho hubiera habido sería todo necesario para el hospedaje de los Xefes, que ya tenían allí su alojamiento. La cosa llegó a términos que había que esperar a cenar y cenar usado por otros porque la misma ropa de mesa y demás servicio había que conducirlo sucesivamente de unos a otra parte.

Operaciones del general Zareategui (1)

El mismo día que la Junta llegó a Silos, salió (antes de ella) el general Zareategui para Salas (con dos cañoncitos y dos pequeños obuses que

(1) La Universidad de Santa Catalina de Osma fue una de las suprimidas por los gobiernos liberales, como tantas que se consideraron demasiado dispendiosas a la Nación y quedaron reducidas a Institutos. Hoy el edificio grandioso y artístico, restaurado y por cierto con buen gusto, está ocupado por la Falange Femenina de las JONS.

que trajo del Alcazar de Segovia) cuyo fruto tuvo por capitulación con la corta guarnición que allí había, que fue con todo su equipaje a Burgos. Después volvió el dicho General a Silos, y el día de San Agustín subió de mañana a Solerana en donde tuvo combate con el General Méndez Vigo, que quedó dueño del campo, habiéndose retirado el mismo día Zareategui a Silos con unos 70 huidos todos suyos, y unos 10 prisioneros de la Reyna. Hubo de parte a parte sus parlamentos entre canjear los prisioneros, pero nada se logró porque Méndez Vigo, según dijeron, se fue a Valladolid sin casi conocimiento de la tropa, que quedó en Solerana y de allí bajo a Lerma. El alistamiento de mozos, que había comenzado algún tiempo hacía, continuó y los mozos se formaron en batallones que llamaban de voluntarios. El 6.º de Castilla, al mando de D. Montoya, para instruirse en el ejercicio, y a mi y otros se les dieron Xefes y Oficiales excedentes que habían venido con la división desde las provincias.

Así las cosas muy al principio de Sept. salió de Silos el General Zareategui y con él toda la división y a pocos días entraron en Burgo de Osma, capitulando la guarnición, que se metió en el edificio de la Universidad (1), dispuesto muy de antemano para un caso como el presente. Las medidas no pudieron ser más ventajosas para dicha guarnición y, yo creo, que a no serlo tanto que ésta se hubiera defendido y conservado el fuerte. Desde el Burgo bajó Zareategui a Lerma en cuya villa se había fortificado por las tropas nacionales el gran Palacio del Duque del Infantado. Hubo no pocas desgracias: se abrasaron parte de las mejores casas de la villa, situadas cerca del Fuerte entre ellas las del M. Iltre. señor Abad Benedicto que quedó del todo inutil. La guarnición capituló y se fue a Valladolid o a Burgos con su equipaje, bajo la palabra de no hacer en lo sucesivo armas contra D. Carlos. A Silos bajaron algún preso, no de la guarnición sino de la villa; acaso era algún individuo de justicia. Yo le vi entrar en una camilla muy enfermo; mas no se qué hicieron con él. También del Burgo llevaron consigo algunos individuos, entre ellos el canónigo Sr. Campuzano, que acaso era Gobernador Eclesiástico y abad de San Bartolomé. Por Silos pasaron a interceder por ellos otros sujetos del mismo Burgo entre los que iba el Sr. Canónigo.

Después de la toma de Lerma fueron a Aranda, cuya guarnición había abandonado el Fuerte que tenían en el convento (que ya no lo era) antes de religiosos de Santo Domingo. De allí se encaminaron a Valladolid, e intimaron la rendición del Castillo de Peñafiel, cuyo gobernador no quiso entregarle con ninguna condición y dijeron que su respuesta fue

(1) Zareategui escriben los historiadores de esta primera guerra carlista, el autor de la «Vida y Hechos de Zumalacárregui». Madrid y París, 1845.

que lo rendiría cuando le constase que se había entregado la guarnición del Fuerte de Valladolid, que lo era el monasterio de San Benito el Real de dicha ciudad.

Antes de continuar diré que los heridos que tuvieron los carlistas en Solerana, los pusieron en el monasterio de Silos al que vinieron para servicio y dirección del hospital viejo más de doce sacerdotes que se habían incorporado con la división en Segovia y en el tránsito; y fueron bien recibidos, pues si no los enfermos hubieran pasado muchísimos trabajos, aunque no pasaron pocos, especialmente desde el día cinco del mes de Oct. como se irá diciendo. Como la botica que tenían los monjes fue comprada por el monje boticario, P. Fulgencio Palomero, (1) y éste vivía en el mismo local que aquella ocupaba antes dentro del monasterio) la ocupasen los del hospital y ciertamente con muy poca cuenta y menos atención de la que se debía el dicho P. Fulgencio y al que había sido Abad que vivía reunido con él, aún llegaron los curas a términos no sólo de dispensar casi absolutamente de la botica y de sus efectos los carlistas, sino hasta dar a la Junta quejas contra el abad y boticario; sin embargo éstos tuvieron las justas consideraciones de urbanidad al Administrador del hospital, sacerdote joven, pero de los sentimientos y de un temple muy acomodado para captarse la benevolencia de todos los que le trataban.

Como a mediados de Sept. llegó el general Zareategui a las inmediaciones de Valladolid, y el comandante del Fuerte de la ciudad, le envió un oficio diciéndole que podía entrar en ella, pero que en el momento trataran de hostilizar el fuerte, él desde él haría fuego de cañones, y la ciudad quedaría arruinada. No se quién era el comandante, pero claro es que se condujo como militar y caballero. El Ilmo. Sr. Rivadeneira salió (después para impedir daños que siempre son de temer en tales ocasiones) a saludar al general Carlista, que no quiso entrar en el coche de su Ilma porque le pareció debía hacerlo militarmente al frente de sus fuerzas. Lo que allí pasó no es de mi propósito. Aquellos no fueron muchos, porque una división que había andado por el verano poco disciplinada y había nada menos que asesinado al general Escalera, que la mandaba, fue calmada por el Barón de Carandolet, y puesto a su cabeza entró por tierra de Burgos y fue por Cabezón a caer sobre Valladolid en donde sorprendió a Zareategui, que apenas tuvo tiempo para formar se gente; y el combate fue fuera de la población de la que salieron al campo los provincianos y del fueron echados por la división Carandolet, que venía ser-

(1) Ya se dijo en páginas anteriores de este Boletín (año 1965).

vida de piezas de cañón servidas primordialmente, según oí a los mismos de Zareategui. La división de éste se retiró por Tudela.

Por este mismo tiempo la división que salió de las provincias con el mismo D. Carlos y que tuvo triunfos muy gloriosos en su tránsito por Aragón, Valencia, Cataluña y la Mancha, fue sorprendida cerca de Alcalá por el General Espartero, que le obligó a tomar precipitadamente y en demasiada confusión el camino de la Sierra de Burgos en donde entró a fines de Sept. del dicho año del 1837, huyendo del camino del Burgo de Osma. Para cortar la división de D. Carlos había dispuesto Espartero que el general Serrano tomase el camino que viene de Madrid a Aranda, con el designo de entrar en esta villa antes que D. Carlos en esta Sierra e impedirle que pudiese reunirse a Zareategui. Pero éste supo (casi por prima noticia de la desgraciada retirada de D. Carlos), que Lorenzo venía sobre Aranda, e inmediatamente pasó a dicha villa desde la de Roa en donde se hallaba. Llegó a Aranda antes que se dejase ver el enemigo y tuvo tiempo para poner parte de su tropa en las casas que por la espalda, dan frente al Duero, el puente por donde había de entrar Lorenzo. Llegó pero fue rechazado y obligado a retirarse alguna otra legua hasta el día siguiente, que fue (creo) el en que entró en Aranda, después que salió de allí D. Carlos que me parece estuvo algunas horas el día anterior con el buen éxito que tuvo la división de Zareategui.

Desde aquellos días la Sierra de Burgos estuvo convertida en un teatro de guerra, en que se reunieron las mayores fuerzas que se habían concentrado tan próximas unas a otras en todo el tiempo de la guerra. Me parece que D. Carlos estuvo en Aranda o salió el día de san Miguel. Las personas más notables que venían en las fuerzas suyas eran el general Moreno, otro general que llamaban Sanz, D. Basilio, el Infante Don Sebastián, un Príncipe, no sé si Alemán o Prusiano, D. José Arias Teixero, D. N. Labandero (el mayor); los que venían con la división de Zareategui eran menos, y no eran personas de tanta consideración, aunque en conocimiento militares les había muy aventajados. El que me pareció muy militar y muy caballero fue el Xefe del Estado Mayor Don Joaquín Elío. En el ejército del General Espartero venían militares de grande autoridad y graduación, como el general Serrano, Carandlet, Don Xavier de Azpiroz y Burgos y otros de cuyos nombres no me acuerdo. Las fuerzas de una y otra parte no podrían menos de venir a las manos muy luego, porque los remisos eran muy escasos, especialmente para los carlistas que todo tenían que sacarlo de la Sierra, país muy pobre, por su muchas dificultades; para reunir lo mismo que tenía, se encontraban con que sólo había carne y no en abundancia.

(Concluirá)

FRAY AGUSTIN SEBASTIAN RUIZ, O. S. B.